



**SOLEMNIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
CRISTO REY – CICLO C**

20 de noviembre de 2022

ANIMADOR: Comenzamos esta celebración en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.... **R/ Amén.**

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo, esté con todos vosotros. **R/ Y con tu Espíritu.**

MONICIÓN DE ENTRADA

Hoy se concluye el año litúrgico con una fiesta dedicada a Jesucristo. Él es el Rey del universo, pero sus virtudes son la humildad, el servicio y la entrega a todos por amor. Jesús nos hace presente su reinado como preocupación por los débiles, los oprimidos, los necesitados y los pobres. Jesucristo Rey es el vencedor del mal y del pecado. En esta celebración nos confiamos a Jesucristo, salvador del mundo, y pedimos que Dios reine en el mundo, que el reinado de Dios se cumpla entre nosotros.

[CANTO]

ACTO PENITENCIAL

Confianto en el Señor, nos reconocemos necesitados de su perdón:

- . - Tú, que nos concedes tu Reino de vida y verdad,
R/ Señor, ten piedad.
- . - Tú, que nos concedes tu Reino de justicia y de paz,
R/ Cristo, ten piedad.
- . - Tú, que nos concedes tu Reino de gracia y de amor,
R/ Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

GLORIA

Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres
que ama el Señor.
Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos, te glorificamos,
te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial,



Dios Padre todopoderoso.
Señor, Hijo único, Jesucristo.
Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
Tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra suplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor,
sólo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, que quisiste recapitular todas las cosas en tu Hijo muy amado, Rey del Universo, haz que la creación entera, liberada de la esclavitud, sirva a tu majestad y te glorifique sin fin. Él, que vive y reina contigo.

Por Jesucristo, Nuestro Señor.

R/ Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del segundo libro de Samuel (5, 1-3)

En aquellos días, todas las tribus de Israel se presentaron ante David en Hebrón y le dijeron: «Hueso tuyo y carne tuya somos. Desde hace tiempo, cuando Saúl reinaba sobre nosotros, eras tú el que dirigía las salidas y entradas de Israel. Por su parte, el Señor te ha dicho: “Tú pastorearás a mi pueblo Israel, tú serás el jefe de Israel”». Los ancianos de Israel vinieron a ver al rey en Hebrón. El rey hizo una alianza con ellos en Hebrón, en presencia del Señor, y ellos le ungieron como rey de Israel.

Palabra de Dios. R/ Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial

Sal 121, 1-2.4-5

R. Vamos alegres a la casa del Señor.

R/. Vamos alegres a la casa del Señor.



Qué alegría cuando me dijeron: ¡«Vamos a la casa del Señor»! Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén.

R/. Vamos alegres a la casa del Señor.

Allá suben las tribus, las tribus del Señor, según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor; en ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David.

R/. Vamos alegres a la casa del Señor.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses (1, 12-20)

Hermanos: Demos gracias a Dios Padre, que os ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. Él es imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz.

Palabra de Dios.

R/ Te alabamos, Señor.

Se invita a ponerse de pie. [Canto del Aleluya]

EVANGELIO:

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (23, 35-43)

En aquel tiempo, los magistrados hacían muecas a Jesús diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido». Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Había también por encima de él un letrero: «Este es el rey de los judíos». Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso».

Palabra del Señor

R/ Gloria a Ti, Señor Jesús



Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, CRISTO REY–CICLO C- LUCAS (23, 35-43)

En este domingo, la primera lectura nos hace pensar en el juicio definitivo de Dios y lo describe como un fuego devorador para los que han sido injustos, pero como «un sol de justicia que lleva la salud en las alas» para los que han escuchado y cumplido la voluntad de Dios. Por ello, es un juicio que no pretende infundir temor, sino esperanza.

En este contexto, el evangelio anuncia la destrucción de Jerusalén, que, como sabemos por la historia, ocurrió cuarenta años después a manos del ejército imperial de Vespasiano y Tito. El anuncio de Jesús era el prelude de que el antiguo pueblo elegido, que no reconoció al enviado del Señor, iba a ser sustituido por el pueblo de Dios surgido, en el Nuevo Testamento, de la fe en Jesucristo. Durante los últimos días que Jesús pasó en Jerusalén antes de su muerte y resurrección, instruyó a sus discípulos sobre la destrucción de aquel Templo, símbolo de la religiosidad del Antiguo Testamento y del que tan orgullosos se sentían los judíos, y sobre las persecuciones que acompañarían a la Iglesia desde el primer momento de su existencia.

El anuncio de estas persecuciones pone ante nuestros ojos la convicción de que formamos parte de una iglesia martirial. Una Iglesia que siempre está en contradicción con los poderes de este mundo y, sin embargo, una Iglesia que persiste a pesar de la persecución, porque no se apoya en el valor de sus miembros, sino en la fortaleza del Espíritu Santo. Como hemos escuchado, Jesús anunció: «Os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a los tribunales y a la cárcel, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre; así tendréis ocasión de dar testimonio. Haced propósito de no preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro». Pero les pidió que fueran capaces de perseverar, porque «ni un cabello de vuestra cabeza perecerá: con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas». No es de extrañar que la historia de la Iglesia sea la historia de los mártires o de los testigos, que esto significa la palabra “mártir”. Como bien sabemos, y en este año recordamos con especial devoción, nuestra Iglesia diocesana ha sufrido, en tiempos todavía recientes, este carácter martirial anunciado por Jesús.

Nuestra Iglesia está hecha de santos, de mártires, de testigos... y también de pecadores. A pesar de los pecados con los que algunos de nosotros la afeamos, ha sido capaz de mantener viva la memoria de Jesucristo y de transmitírnosla. Gracias a ella, le conocemos y procuramos seguir los pasos del Maestro, tanto en situaciones tranquilas como en los duros momentos de la persecución. La existencia de la Iglesia es un misterio, por la presencia silenciosa y eficaz del Espíritu Santo, que la guía y sostiene para que no se



desmorone. La reacción de nuestros mártires ante la persecución comprueba que Jesús sigue cumpliendo su promesa.

El domingo pasado celebrábamos el Día de la Iglesia diocesana, que es nuestra madre; ella es la matriz en la que cada uno de nosotros hemos sido gestados como creyentes. Y, en este domingo, el Papa ha querido que tomemos una conciencia más aguda de la existencia de los pobres en nuestro mundo y en nuestro entorno más próximo, al instituir la Jornada mundial de los pobres.

En una de sus exhortaciones para esta Jornada de los pobres, el Papa nos invitaba a meditar en el salmo 9: «La esperanza de los pobres nunca se frustrará», y nos emplazaba a devolver a los pobres la esperanza perdida a causa de la injusticia, del sufrimiento y de la precariedad de sus vidas.

El Papa no pretende que hoy hagamos una colecta para los pobres y nos quedemos tranquilos, sino que cambiemos la mirada del corazón para que la existencia de los pobres interpele nuestra vida y nuestras decisiones a la hora de consumir, de divertirnos o de organizar nuestras vidas. Es posible que este modo de mirar la vida nos produzca alguna incomodidad, pero será una incomodidad saludable.

Pedro Escartín Celaya

Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES:

En esta fiesta de Cristo Rey, y confiando en que él intercede por nosotros, presentamos nuestras súplicas a Dios padre. Repetimos después de cada petición: “*Te rogamos, óyenos*”.



- 1.- Para que las comunidades cristianas vivan atentas a las necesidades de los que más sufren y sepan acercarse a ellos, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.
- 2.- Para que todos sepamos hacer nuestro el mandamiento del amor y del servicio que Jesús nos enseñó, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.
- 3.- Para que quienes más sufren las dificultades y los problemas de esta vida encuentren apoyo y consuelo y sientan la presencia de los cristianos, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.
- 4.- Para que nuestra comunidad parroquial sepa llevar el mensaje del evangelio a todos y ofrezca siempre la verdad, la justicia y la paz, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.
- 5.- Oremos para que Dios nos conceda el don de las vocaciones sacerdotales y religiosas para el servicio de las parroquias de nuestra diócesis y de la Iglesia universal, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.

Acoge, Padre, la oración que te hemos presentado con fe y confianza y concédenos poder vivir en tu voluntad.

Por Jesucristo, Rey del Universo, que vive reina por los siglos de los siglos. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador de la comunidad toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. Mientras tanto se puede entonar un CANTO]

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]



ORACIÓN FINAL

Al terminar hoy esta celebración damos gracias a Dios por todo el amor que nos ha ofrecido Jesucristo, Rey del Universo, que nos ha amado hasta el extremo de dar su vida por nosotros. Le pedimos ser fieles a ese amor y que su fuerza nos acompañe todos los días de nuestra vida para que sepamos amar a todos como él nos amó. Él que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

La Virgen María es la madre de Jesucristo, Rey del Universo, y a ella la veneramos también como Reina del mundo y Reina de la paz. Confiamos a ella nuestra vida y la de nuestras comunidades parroquiales y rezamos juntos:

“Dios te salve, María...”

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

Bendigamos al Señor.
R/ Demos gracias a Dios.